

# Herrajes, máscaras y alas

Aleph Besana



Una nace y cree que tiene una sola vida, pero no es cierto; una tiene tantas vidas como se lo permita ya sea una misma o el tiempo, o como el destino vaya decidiendo y aconsejando, simplemente cambiando de actividades, de casa, de amigos, de familia, de ciudad, de trabajo, de profesión, de lecturas, del tiempo de ocio y quizá hasta de suerte; en fin, como una vaya desarrollándose en la vida o como la vida la atravesase a una (da igual el orden, en general los resultados son parecidos). Esta historia no es épica ni fuera de lo común, más bien es un intento de dar vida a una silueta, a una imagen propia creada por los años; al lector le corresponde compartir en las líneas los viajes grabados en los laberintos de mi memoria, el espíritu, las vivencias y las esperanzas.

Quizá la historia relatada no sea una sola. Siempre he creído que la vida del individuo es el resumen de la vida colectiva, ya que los recuerdos se mezclan entre los personales y los de tanta gente que he tenido el privilegio de conocer; es decir que el personaje principal podría llamarse Azucena, Diana, Carmen, Beatriz, Esperanza, Guadalupe, Fernanda, Fabiola o María, y así irnos con todos los nombres y todo el alfabeto; quiero resaltar esto porque la historia de las mujeres puede ser muy parecida, muchas nos sentimos identificadas porque compartimos este mundo en este momento. Ojalá que al leer este relato puedan rescatar algo positivo o útil para su propia vida, la historia inicia así.

### *Los herrajes*

El principio fue como el de cualquiera que compartiera las circunstancias que me rodearon: ser la menor de una familia clasemediera, en la ciudad capital del país en los años cincuenta, con cuatro hermanos mayores, dos hermanas y dos varones, un padre anciano y una madre

joven, pues “así se usaba entonces”. No como en los tiempos de los abuelos, que se conocían (según la costumbre) el día de la boda y se arreglaba el matrimonio por intereses de los padres (bueno, realmente del padre, porque la madre no decía absolutamente nada). Quisiera hablar un poco más de mis abuelos porque al entender su historia comprendo mucho más la mía, pero la historia ha dependido siempre de la memoria de mi madre y de unas cuantas fotos; sin quererlo, mi madre fue cambiando la información. Ella es viuda, consecuencia lógica de haberse casado con un anciano, en ella quedó depositado el deber de rescatar la memoria de las dos ramas familiares, la paterna y la materna, pero con el tiempo las cosas se van desvirtuando, alterando, y a estas alturas ¿cuál será la historia verdadera?, ¿la que hoy recuerda ella?, ¿la que recuerda mi memoria infantil?, ¿la que cuentan mis tíos, sus hermanos? Creo que nadie recuerda la verdad; la verdad, una vez más, ha sido acomodaticia según quien lleva la palabra, y como ahora la tengo yo, cosa milagrosa después de tantos años de adiestramiento en el silencio y en el encierro, decido pues cuál fue la verdadera historia de mis abuelos maternos y paternos.

—o0o—

De los maternos, recuerdo me contaron que se conocieron unos cuantos días antes de la boda, por edicto paterno: “¿Te quieres casar, m’ija?”, “Lo que usted diga, papá”, y como el papá dijo que sí, pues se casó ni más ni menos que con digamos el “soltero más codiciado” del pueblo, es decir que tenía todo dado gracias a su “apá”, y por supuesto, cuando se fue su “apá”, aunque intentó sacar a su familia adelante, lo único que logró fue caer en la ruina económica, lo que lo llevó a una muerte prematura; tenía 42 años cuando murió y mi abuela se quedó con sus hijos, trató también de “sacarlos adelante” sin recurso alguno y salieron, a pesar de tantas complicaciones; bueno, salir lo que se dice salir, en términos actuales de integridad física, moral, espiritual y psicológica, creo que no del todo; digamos que crecieron físicamente, se casaron y tuvieron hijitos, pero felices felices no lo fueron, no en vano son mis tíos y los he podido observar a través de mi vida para valorarlos.

—o0o—

De mis recuerdos de los otros abuelos, para empezar ni su nombre conocí bien; sé que murieron antes de la revolución y que tuvieron tres hijos, una llamada Lupe; otro Pedro, que murió a los tres años, y mi padre; niños huérfanos, quedaron a cargo de un párroco tío suyo, aunque lastimosamente lo perdieron en la revolución de manera un poco brusca, en un horno de pan, descuartizado y asado; así como ellos vieron este horror, yo espantada oí la historia de mi padre en labios de mi madre, un excelente cuento para alimentar la imaginación de una niña que no pasaba de los cinco años. Claro que la misma historia fue escuchada por mis hermanos, aunque nunca les pregunté qué sintieron al oírla. ¿Cómo afectó este evento mi vida?; eso es algo que he tenido que elaborar yo misma; mi padre murió cuando yo era una niña y nunca pude preguntarle nada, aunque quizá si aún viviera tampoco le podría preguntar, los niños no preguntan, y con eso de que para los padres los hijos nunca crecen, pues me quedé “pequeña” a sus ojos y con todas las desventajas de serlo, es decir inmóvil, encerrada, sin hablar, viendo a los hermanos salir y regresar, sin opinión ni derecho a expresión, y agradeciendo todo lo que los padres hacen por uno.

—o0o—

Con esos antecedentes, un varón con una vida atravesada por el pánico y una mujer atravesada por la carencia, fue que mis hermanos y yo vinimos a dar al mundo, y como ya expliqué anteriormente, “porque así se usaba”. Se usaba también que los hermanos tuvieran privilegios absolutos y las hermanas el maravilloso y digno placer de servir al hombre (tradúzcase cualquier varón, padre, tíos, amigos y hermanos). No quisiera ser injusta en mi descripción; mis padres, además de estar adiestrados para cumplir con los condicionamientos sociales de su infancia, vivieron de adultos una época en la que se procuraba “poblar la tierra con todos los hijos que Dios nos mande”, esto por el lado religioso; en cuanto a lo civil, se requería poblar nuestra nación

y por eso se invirtió tanto en políticas de desarrollo demográfico que fueron bastante eficientes, según observamos en las cifras censales de la actualidad.

De mis días de primera infancia recuerdo que yo no me movía, ni lloraba; decían que era encantadora, todo el día dormía y no daba lata alguna; veo una cuna alta, una infección ocular que me impedía abrir los ojos por exceso de legañas, aunque esa circunstancia era muy ventajosa para mantenerme tranquilita y sin hacer ruido. Realmente no puedo establecer durante cuánto tiempo pasó esto, pero sí lo recuerdo muy bien, aunque sabemos que la memoria y el tiempo pueden traicionar ya sea con exageraciones o con omisiones y al final final la verdad nadie la conoce. Sin perder el hilo, me acuerdo que llegaban mis hermanos de la escuela, pero no recuerdo que jugaran conmigo; los pocos juegos que vienen a mi memoria son aquellos de vaqueros y apaches en los que las flechas eran de verdad y se encajaban en la piel, pero no “se valía llorar”, pues de otro modo se era eliminada para siempre del juego, además de etiquetada con la frase tan temida que decía: “eso nos pasa por jugar con la chiquita”. Por fin, algún día crecí lo suficientemente para poder ir a la escuela y para que me quedaran los uniformes heredados, usados y remendados de mis hermanos mayores; yo estaba feliz de poder asistir al famoso colegio, pero ahora me pregunto: ¿por qué estaba feliz? Yo creo que porque me habían enseñado a creer que lo que los demás decían era lo que yo debía sentir, y así aprendí a expresar mis sentimientos, es decir “ser feliz” en la escuela, aunque realmente no me gustaba ir con uniformes que me impedían obtener un diez en aseo, aun cuando siempre lo lavara y lo planchara, pues “las niñas, entre más rápido aprendan a ser mujercitas y limpias, pues qué mejor”.

También era “feliz” cuando mis compañeros del jardín de niños me invitaban a sus fiestas, aunque fui a muy pocas pues tenían que llevarme y asistir con un regalo; además, las fiestas me hacían evidente que yo aún no había tenido una y quizá nunca la tendría, lo sé porque pregunté, pero no me pudieron explicar muy bien, siempre me decían (y para todo) la misma cantaleta: “no hay dinero”. Yo no entendía, pues mi papá diario me daba mucho dinero (una moneda tan grande que apenas cabía en mi mano) para el recreo, aunque ¿para qué lo iba a gastar

si no había dinero en casa?, así que siempre lo devolví; es posible que por esa razón tuviera la misma moneda todos los días y por eso era a diario que yo la recibía, realmente hoy no lo sé bien. Volviendo a los sentimientos, los demás me decían cómo nombrar lo que yo sentía; la palabra “feliz” abarcaba muchas cosas. También tenía que ser feliz cuando en Navidad mis regalos nunca eran los que yo esperaba; no recuerdo qué pasaba con los de mis hermanos, pero aparentemente a ellos les satisfacían, y sin embargo los míos siempre fueron muñecas, trasteitos o ropa que nunca pedí, los anhelados caballos eran de mis hermanos aunque los hubiera pedido yo; aún sigo escuchando: “las niñas no pueden tener caballitos de madera, pero pídele permiso a tus hermanos para jugar con ellos”, y así fue que perdí siempre el derecho a montar mi caballito que en realidad nunca fue mío, también así aprendí que al pedir algo siempre sería diferente. En casa a eso le llamaban “sorpresas” y yo tenía que ser feliz con ellas.

Cuando murió mi padre las cosas empeoraron; claro que yo, como era la pequeña, no debía enterarme de la verdad. Una vez más, la verdad era una palabra muy confusa. Mi padre murió pero nadie me lo dijo, se debía llevar luto, es decir, usar ropas negras que nunca entendí para qué. Cuando preguntaba decían cualquier cosa, que mi padre se había ido de viaje, que no lo vería en mucho tiempo o simplemente no hablaban, ni lloraban ni contestaban, ¿cuál era el afán de dobletear tanto las cosas, de negar lo obvísimos y evidente? Eso es un enigma, pero fue así como aprendí que en la vida se debía negar la realidad al costo que fuese, cambiando el significado de las palabras por su opuesto, que “feliz” fuera realmente “triste”, que “muerte” fuera “vida” o “viajes”, que “anhelos” fueran “mentiras” y que “sorpresas” fueran “imposiciones”. Durante varios años la duda carcomió mi alma con eficientes resultados; esa parte de mi alma se perdió para siempre, pues el alma no tiene la capacidad de restablecerse como las lagartijas cuando pierden la cola. Esa parte carcomida y desaparecida siempre me ha faltado y me faltará. Esperé con ahínco el retorno de mi padre, idealizado (nunca el real, ese nunca existió, simplemente se me perdió) por mi propia madre, por mis hermanos y por mí misma; sin embargo, se me informó que él velaría por nosotros, y ciertamente nunca faltó techo ni ropa

ni comida (ni tampoco sobró nada, fue una situación de estrechez económica, pero eso tampoco se dice); lo que quedó claro fue que el éxito de mantener a la familia no fue por el esfuerzo de mi madre y hermanos, sino por la imagen protectora de un varón, inclusive después de muerto.

Sin varón la vida es imposible, por eso debe existir un Dios varón y la imagen de los propios hombres aun muertos; por eso en aquel tiempo comprendí claramente que las muertas tampoco servían para ayudar a vivir, sino tan sólo para traer hijos al mundo, es decir útiles como vehículos para traer la vida pero no para la vida en sí; aunque pensándolo bien, ¿qué será eso de la vida en sí?, ¿la vida de afuera de la casa?; en fin, que ya sea por decisión divina o por decisión de marido o padres (nunca por ellas mismas), las mujeres tienen hijos “porque así es, así se acostumbra, es natural y es su papel en la vida”. Después de eso hay que guisar, planchar, lavar, barrer, trapear, ser incapaz de salir a la calle y de hablar con otras personas ajenas a la familia, a excepción, claro, de los “marchantes” en el mercado, y eso es todos y cada uno de los días de su presencia en el mundo (ya que hablar de existencia sería demasiado ambicioso). Después llega la muerte y ahora sí que no sirve para nada, ni para barrer, mucho menos para ser invocada como apoyo en las vicisitudes de la vida; aunque me pregunto: ¿en quién se apoya la gente si no es en la madre?, ¿por qué en vida se le usa y abusa de soporte y en la muerte se invoca al varón?, ¿acaso somos invisibles? Ese quizá sea uno de los tantos enigmas que nunca nadie me logró resolver y por eso busqué la respuesta sola y como pude.

—o0o—

Y la vida prosiguió; claro que ser la más pequeña trae muchos privilegios; por ejemplo, yo no tuve que trabajar afuera para ganar el pan, eso le tocaba a los mayores, a los grandes, mi hermana de doce y mi hermano de catorce años, claro que él tendría que educarse porque al ser varón le correspondía el privilegio de la educación; a las mujeres nos correspondía el mundo de la casa, a mi hermana, trabajar debido a la situación extrema, que ya llegaría el día de que se casara y fuera “feliz”, y a mí lo que me correspondía era lo que puede hacer alguien



inferior por edad y sexo, los quehaceres domésticos. De mis otros hermanos desconozco por qué no los recuerdo en casa; uno de ellos paseaba por los bosques junto con su cuadrilla escolar, mi otra hermana estudiaba para poder trabajar lo más pronto posible. Y así fue que aprendí sin chistar a realizar labores domésticas, a no llorar por mi suerte, pues yo era privilegiada por ser “la chiquita” y no tener que trabajar para ganar dinero (porque las labores hogareñas no son trabajo y por eso no se pagan). Yo tenía techo, ropa, alimento y escuela; no había ninguna otra necesidad que llenar, por lo que quizá al igual que mi madre y abuela, aprendería a ser feliz con todo lo que la vida me brindaba; además, aprendería a callar siempre y a desconocer cualquier necesidad o anhelos personales más allá de los descritos, pues los demás no cuentan (¿o no existen?).

—o0o—

Creo que hay que hablar con sinceridad, hay eventos que no nos gusta recordar, pero esos son precisamente los que quizá nos fueron marcando, por eso desearía hablar acerca de lo que el encierro representó para mí; yo no tenía nada que hacer fuera de la casa, no había necesidad de aire o de sol, o de moverme o de juegos o de amigos; éstos, además, no eran bienvenidos en casa, aún no sé si porque invitar implicaba un gasto familiar (aunque yo recuerdo que los amigos de mi hermano sí podían estar ahí). Bueno, pero volviendo al relato, ¿para qué querría yo amigos si en casa tenía de todo? Pero para evitar la tentación de la posible desobediencia (que dudo la pudiera ejercer a esas alturas) o, en otras palabras, para cuidarme del mundo exterior tan peligroso (que nunca supe a qué se referían) se decidió que yo no era responsable para tener llaves de la casa y que era muy muy conveniente dejarme encerrada bajo cinco chapas, haciendo mis múltiples tareas sin distracciones. Y fue así que aprendí que el encierro era lo mejor que me podía pasar, que me protegía del exterior y que me debía gustar, pues era lo mejor para mí, aun cuando se fuera la luz y me quedara en tinieblas, aun cuando el silencio invadiera, porque aunque yo hiciera ruido, de nada serviría llorar, o gritar o expresarme, nadie me escucharía, así que

lo mejor era guardarme todo; rodeada de silencio, de mudez, sin hablar con nadie, sin moverme (¿para qué?), encerrada, simplemente observaba lo que podía, buscando una rendija por donde pudiera ver la calle, saber qué era lo que pasaba afuera: ruido, carros, gente, ese monstruo que devoraba a mi familia y la desaparecía todos los días hasta llegado el anochecer; era una lucha demasiado severa para una niña con un mundo interior demasiado grande para ella y uno externo aterrador.

—o0o—

Pero siempre hay soluciones. Aprendí por cuenta propia que una podía fantasear todo lo hermoso dentro de una misma, en la imaginación y vivir en los sueños, que eran mucho más gratificantes que la realidad; fue así como pude poseer todo lo que necesitaba. Una actividad, ser bailarina, ciertamente me movía; en la imaginación mis movimientos eran perfectos, cualquier giro o escena era la mejor que existía; también podía tener amigos hechos a la medida de mi gusto, mascotas, paisajes, regalos. Lo que nunca me pude imaginar bien en esos días fue qué se sentía ser amada, o al menos querida; las suplencias y los cuentos infantiles autocontados no eran suficientes para llenar ese vacío que iba creciendo en mi interior. Para ese entonces, cuando yo tendría siete u ocho años, en mi casa se “acostumbró” pelear, golpear y gritar para ser escuchado, pero siendo la menor, se comprende que nunca iba a ganar.

Acerca de otras vivencias, creo que la formación escolar deja muchas huellas, la que yo recibí como un regalo (bueno, así decían que tenía que decir y que debía darle gracias al cielo por tenerla) fue una escuela de monjas; me imagino que estaba becada, aunque nunca me lo informaron, sólo me decían que en mi familia nadie, absolutamente nadie, se sacaba un nueve, y un ocho era una vergüenza nacional, así que la única posibilidad era un diez; en lo único que nunca lo logré, como ya platiqué, fue en aseo, por más que yo me esforzaba; nunca entendí por qué las religiosas daban esa calificación a quienes llevaban uniformes nuevos, calcetines lujosos, zapatos sin remiendos, peinado

impecable (lo que requería forzosamente de alguien que colaborara en esa tarea, ya fuera una madre o una nana, al menos eso me contaban mis compañeras) y bueno, chistosamente, preferían a las niñas rubias que a las morenas, yo no era ni una ni otra, soy café con leche, quizá por eso nunca obtuve el famoso diez, que manchaba con el desprestigio y la vergüenza mi impecable boleta de calificaciones, así que la limpieza se hizo importante para mí, se transformó en lo inalcanzable, hiciera lo que hiciera, no dependía de la limpieza en sí, sino de valoraciones de adultos que tenían que ver con clase social, racismo y predilección de ellos por la imagen ideal de una niña perfecta, es decir de diez en aseo, sin moverse, ensuciarse, tan sólo ser linda y bonita, un adorno, porque quizá sea muy brusco decir un objeto. Claro que estas conclusiones no las pensé de niña, fueron resultado de años de observación.

—o0o—

Durante mi vida infantil tuve una excelente situación existencial, aprendí y practiqué muchas cosas, como la inmovilización; claro que a mí nunca me amarraron o encadenaron, eso sólo lo hacen los padres malvados y crueles; el encierro, aunque ligerito, al menos no fue en una jaula con candado, tan sólo fue en una casa y no en un clóset o en un cuarto, y además tenía la libertad absoluta que brinda la soledad; disfrutando de la soledad uno aprende a leer todos los libros, cuadernos y diarios de las madres o de los hermanos, se apropia uno de sus secretos y empieza a aprender un poco del alma, esa que nunca salió por sus labios sino por la escritura escondida y oculta de cada uno, aunque también la soledad se vuelve la mejor compañera y después no hay poder humano que la aleje de la propia existencia. Veo que todos en casa practicábamos el aislamiento y el silencio. Esos fueron parte de mis aprendizajes infantiles, con ellos una se vuelve dura y áspera, con ellos la roña de la incómoda niñez se va muy rápido, se pierde la infancia y muy pronto una se vuelve productiva y no parásito. Otra asignatura bien realizada fue la de tener demasiados sueños y por lógica múltiples anhelos frustrados que llenaron poco a poco mi pequeño yo de gotas de amargura.



A veces hacer estallar la ira contenida, rescatar recuerdos, puede resaltar las fallas de mi época a fin de reacomodar el rumbo, por eso se hace necesario aceptar que también viví un tanto cuanto de violencia, aunque ya sabemos que en casa las cosas se llamaban al revés; la violencia no era violencia, era cariño y comprensión, era educación y formación, era abusos inocentes de hermanos robando los juguetes o los dulces, inocentes faltas de respeto hacia el menor festejando los engaños como lindas bromas, festejando los golpes y las defensas bajo el título: “ya sabes, cosas de niños”, omitiendo como agresión los gritos y las palabras despectivas y degradantes, así como las múltiples “etiquetas” o sobrenombres que en especial yo tenía como trofeos y expresiones de cariño de mis lindos hermanitos que tanto me querían y que por eso me llamaban por cualquier otro nombre que no fuera el mío. Inclusive mi madre me robaba el nombre en caso de no hacer las cosas como ella decía a la hora que ella decía; utilizaba otro nombre, desconociéndome con ello, y como realmente yo temía desaparecer, hacía las cosas “como debían ser”, es decir como los demás decidían. Y por supuesto que soy consciente de lo afortunada que fui, pues a mí nunca me golpearon como a mis vecinos, compañeras de escuela o amigas; algunas de ellas me llegaron a platicar (claro, ya adultas, cuando eran capaces de denunciarlo) que sus padres les pegaban como deporte, cada tercer día, para que se hicieran mujercitas; a veces también sus madres, porque en alguien tenían que descargar sus inmensas frustraciones de toda índole, tanto de realización personal como sexuales o de energía, aunque ellas decían (lo cual debía ser la realidad) que lo que pasaba era que las niñas eran muy desobedientes y rebeldes, pues atentaban contra la autoridad, y eso que ellas también fueron afortunadas, comparadas con sus hermanos, que por ser hombrecitos bien podían llegar al hospital.

Ahora que, sincerándonos, creo que también tuve que vivir la violencia en su extremo, ya no la violencia física de mis vecinos, o la psicológica que se practica con tanta facilidad dentro de las casas de mi país y que por supuesto no se llama violencia; lo que viví fue gracias a un tío, marido de mi tía carnal, que, abusando de su situación de poder y autoridad, decidió

superar sus frustraciones y crisis de identidad de los cuarenta y cinco años con una sobrina que de seguro no abriría la boca si se le amedrentaba y amenazaba lo suficiente, es decir yo; hoy sé que eso se llama abuso sexual, pero en ese entonces, con apenas una década de experiencia, con todo un adiestramiento para el encierro, la violencia, el abuso y para aguantarse todo porque “así son las mujeres de mi casa” o porque “así sólo así era aceptada por mis hermanos y sus juegos”, tuve que soportar una situación insostenible con un tipo odioso, abusivo, borracho, vanidoso, frustrado y cínico, que tenía la osadía de burlarse de mi madre abusando de su hija menor, esa que nunca abriría la boca porque aún no sabía cómo usarla.

Aún no sé qué milagro hizo que el tipo se alejara, desconozco si mi madre se dio cuenta de la situación y me cambió la información diciéndome: “nunca le abras la puerta a nadie, a ningún adulto y mucho menos a tu tío”, o quizá fue mi decisión de desobedecer ese y otros mandatos de respeto hacia los adultos, y en especial hacia los varones, pero sí sé que un día ya no lo permití; mis recursos fueron simplemente esconderme sin hacer ruido alguno, ni al respirar; después, si por alguna razón él me encontraba, utilizaba su cigarro para quemarlo, las patadas y mordidas también funcionaron, me encanté una vez que casi le arranqué la lengua, claro que el asco de la sangre ajena no es agradable en la boca, pero si eso implicaba mi libertad, bien valía la pena aguantarse el asco; lástima que lo hice demasiado tarde, aunque debo agradecer una vez más a la vida lo afortunada que fui, pues en vez de aprender esto siendo mayor (porque debo aclarar que en mi país casi todas las mujeres son objeto de abuso sexual y violadas, sin contar con cifras oficiales, pues ellas como yo aprendieron a callar, sin haber aprendido a defenderse), yo lo hice pequeña, y eso me sirvió de adulta para prevenir varias violaciones posteriores (si bien no me pude zafar del ataque en sí), por más que, pensándolo bien, qué lindo hubiera sido que nada de esto hubiera sucedido .

—o0o—

Otro dulce recuerdo de mi infancia es el del alcoholismo; digo dulce porque sé que la vida me regaló una vez más la oportunidad de vivir las

cosas sutilmente, nunca a los grados que padecieron otras compañeras o amigas, como por ejemplo el alcoholismo del padre y la persecución de éste en sus casas ya fuera para asustarlas, para abusar sexualmente de ellas o de ellos, o para golpearlas y así descargar la ira de esta vida contra el más débil y vulnerable, como puede ser una niña asustada por su propio padre; yo creo que eso sí es digno de contarse, no lo sutil y trivial como sucedió en mi vida. En mi caso la cosa fue sencilla, simplemente conviví con mis tíos alcohólicos durante toda mi infancia, y aunque me avergonzaban sus actitudes y necedades, o me utilizaban para que con mis encantos en las “tienditas” me regalaran cervezas para ellos, o que su aliento se impregnara en mi cara y en la ropa, pero sobre todo en el alma, o que sus palabras necias y sus actitudes de locura fueran mis maestros de vida, eso debía ser muy sencillo de sobreponerse, lo único que tenía que hacer era mentir, simplemente había que negar que existía, cambiar el nombre era tan sencillo y, bueno, felicidad, buenas relaciones familiares, decencia y buenas costumbres funcionaban para casi todo, así que ya no le busqué más, así se llamaba ahora el alcoholismo y, claro, yo debería de tratar por el resto de mi vida de relacionarme con gente divertida, decente, alegre y feliz así como mi familia y mis adorables tíos; lo que nunca entendí es por qué me decían que el alcohol era feo y malo y que a los “teporochos” había que huirles, pero que mis familiares no eran eso, eran hombres felices que bebían un poquito de más porque eran varones; claro que el caso de mi tía fue diferente, también ella padecía “el vicio”, pero como “eso” a una mujer le es prohibido, considero que fue la causa por la cual a ella le adjudicaron la culpa de todo lo malo que pasaba, como que sus hermanos bebieran, que se hubieran perdido las pertenencias de la casa de mi abuela, de haberse hecho irresponsable por no cuidar a sus hermanitos, pues los otros hermanos ya habían solucionado sus vidas responsables y les era imposible dedicarse a esos niños. Ahora me queda muy claro: las mujeres no toman alcohol, mucho menos las tías; seguramente mi tía nació mal, siempre fue extraña, diferente; por ejemplo, siempre dijo la verdad, pues como dicen en mi país “los niños y los borrachos siempre la dicen”, y ya sabemos que en casa la verdad era mentira y la realidad no existía.

Hoy sé que a la generación de mis padres le quitaron su voz interna y les impusieron severas contradicciones, quizá el hábito familiar de la negación, de recordar con ensoñación tiempos mejores, fue lo que alimentó por generaciones un ego maltrecho de una familia y una sociedad en transición eterna; no lo sé muy bien, aunque sé que los sueños ayudan a sobrevivir pero nunca a vivir el riesgo de mejorar. Yo creo que eso fue lo que sucedió en mi familia, pero por alguna extraña razón no lo aprendí muy bien, ¿será que soy inconforme de nacimiento? o quizá que los barrotes, las cerraduras, el silencio me parecieron herrajes muy pesados de los cuales simplemente necesitaba huir.

### *Las máscaras*

Llegó otra fase de la vida, del proceso titánico y necesario de crecer con los ladrillos de la infancia, buenos o malos, fuertes o débiles. Era otra etapa, ya habían pasado varios años y la hormona del crecimiento había hecho su papel, la madurez biológica llega aun cuando la psicológica, académica y espiritual tarde tanto en producirse. Ciertamente, las hormonas atan y explican de alguna forma la conducta de los individuos; a las mujeres nos atrapan desde que hacen su aparición cada veintiocho días, a mí también me pasó que las hormonas me hicieron crecer, menstruar y tener actitudes de rebeldía y de incongruencia, lamentablemente tampoco se me había informado en lo más mínimo de mis futuros cambios; un día menstrué sin saberlo, sangré, me aterró, y la única respuesta que obtuve fue: "ya eres mujer". Así, de un segundo a otro, sin explicación ni más (y así se pretendía al menos en mi época de adolescencia) que los seres humanos crecieran de un momento a otro de niño a adolescente y de adolescente a adulto, sin información, sin atención, sin nada más que el ejercicio de la autoridad al decir "ya eres mayor", completamente absurdo, y sin embargo todavía hoy se sigue realizando, nada de información, el terror al sexo de las generaciones precedentes es simplemente ridículo, como si dar información fuera pecaminoso; tristemente, otras generaciones están demasiado atravesadas de mitos, tabúes e ignorancia; yo siempre he pensado que se ahorrarían muchos errores si los padres fueran

más reflexivos y maduros al momento de concebir un hijo y de comprometerse como adultos a brindarle lo mejor, y lo mejor implica que los padres hayan experimentado la consciencia de la vida moral, social, política y religiosa; pero en la ignorancia y manipulados por los intereses sociales predominantes de cada época, en general los seres humanos no reflexionan, no ahondan en sus pensamientos, solamente se dejan llevar por la corriente de la masa, es decir de lo que dictaminan la televisión, el periódico, el vecino, la familia, el protocolo social, sin cuestionarse siquiera si es o no correcto. Pero regresando al tema central de describir cómo se descubre la importancia de “ser mujer”, retomo aquel sentir de ese día en que quién sabe cómo o por qué yo cambiaba de vida sin más ni más.

Lo que aprendí acerca de mis cambios fue por curiosidad personal; de alguna forma el mismo tabú existía en las casas de todas mis amigas y compañeras de escuela, además se me había enseñado que no se debía preguntar a nadie de nada referente al cuerpo humano, el desnudo, el amor, el sexo, y por supuesto era imposible saber el significado de esas palabras. Las amigas nos reuníamos en donde se nos permitía, es decir en los recreos, y cada quien daba la versión de lo que sabía, o sea que en vez de informarnos nos desinformábamos más y más, todo porque los adultos eran incapaces de abrirse y decir la verdad; una vez más supe que la verdad era algo que todos anhelaban pero no practicaban, había secretos de adultos, su mundo era inaccesible, y así aprendíamos nosotros también a hacer “ghettos”, círculos sociales cerrados y prohibidos para aquellos que no coincidieran con nuestra forma de ser y de pensar, ¡buena forma de enseñar la división entre los humanos!, proclamando por otra parte su unión como meta ideal, ya fuera religiosa o filosófica. Una vez más había contradicción.

—o0o—

Un día, en sobre cerrado llegó una carta secreta en la que se le informaba a los padres de familia de la proyección de una película y se les pedía su venia para permitirles a sus hijas verla; cuánto secreto, cuánto rito, cuánto absurdo para proyectar una película comercial que promovía la



venta de toallas sanitarias; hoy me río de esos recuerdos, pero en la mente de una joven inexperta cuán profundas huellas puede dejar, las deja con mensajes tales como “ser mujer es secreto, es pecaminoso, nadie debe saberlo, no lo debes comentar, secreto, secreto, secreto”, y con el secreto me quedé pero también con la gran curiosidad de entender por qué todo esto se daba; me lo expliqué ya de adulta, pero de adolescente tuve que oír y vivir muchas historias para aprender que la vida no era como la pintaban, que era más simple de lo que se quería hacer creer, hacer creer consciente o inconscientemente; a veces me pregunto dónde estaban los padres de esta mi generación, qué les había pasado para tragarse tanta mentira y, lo peor, transmitirla a sus hijos como verdades; ese es aún un enigma para muchos.

Seguí creciendo, estudiando en una escuela para señoritas, guiadas por monjas; mujeres con el amplio criterio que otorga la religión intentaron prevenirnos por todos los medios de la acometida de los varones; contaban historias de “lugares” donde se llevaban a las mujeres, bajaban una cortina y después... eso nunca lo dijeron, nunca acababan de decir lo que empezaban, y así mantenían el control de la información y de nuestras pobres mentes infantiles; ese lugar era un motel, que seguramente por la descripción ninguna de ellas conocía, pero el tono de voz, la forma de contarlo, el secreto con el que rodeaban la información era lo que aterraba, las palabras o los hechos eran lo de menos, parecía que el objetivo era desatar el terror; nos decían que ir a comprar una paleta helada era pecado si era a la hora de la salida de la escuela de varones; era obvio que nos querían separar de la diversión, de la sana convivencia entre jóvenes de ambos sexos, ahí estábamos todas las pubertas, en una escuela elegida por padres que confiaban en que esa educación era lo mejor que nos podían dar, y ante eso ¿cómo no agradecerles de por vida? Y sin embargo hoy lo digo, cuánto daño puede traer una educación tan “secreta” como la que reciben todavía hoy tantos jóvenes. Cabe aquí mencionar que había contradicciones: al mismo tiempo de no explicar nada, de desatar la “educación del terror”, nos decían que debíamos convivir con varones y platicar, pero nunca rompiendo la educación, es decir la prudencia, el recato, el pudor, la no coquetería y actitudes anexas, palabras por supuesto

incomprensibles a esas alturas, sobre todo porque nunca nos las explicaron. Desconozco cómo fue que sobreviví a todo eso; mis amigas eran verdaderamente torturadas por la santa inquisición por el hecho de llevar la falda dos dedos arriba de la rodilla, o por pintarse los ojos o las uñas, o por salir de la escuela y subirse al automóvil de algún amigo o hasta de un hermano, pues se “denigraba el honor del uniforme” (aunque nunca nos explicaron el cómo y el por qué), y lo que no recuerdo es alguna reprimenda de esa magnitud por obtener bajas calificaciones, el aprovechamiento escolar era lo de menos, lo que realmente importaba era la decencia.

La secundaria fue un suplicio, la represión se daba a diario y la incongruencia y la no explicación eran cada vez mayores; a mí lo único que me quedó claro fue que había demasiado silencio de parte de los adultos, que preguntar era lo peor que se podía hacer y que nunca podían responder a mis preguntas, así que no me quedó más remedio que buscar las respuestas personalmente, y empecé a confiar más en mis esfuerzos y mis libros que en la gente adulta que me amaba, pero que no me respetaba, aunque sí exigía respeto de mi parte. Mis amigas más íntimas ya no fueron aceptadas en el insigne colegio debido a su pésima conducta (es decir cuestionar y no ser dóciles, forma muy eficaz de bajar la autoestima y desalentar actitudes no esperadas en unas señoritas decentes, así decían mis maestras, a quienes les debía todo mi respeto y admiración aunque ellas constantemente nos denigraran; también era una forma muy eficaz de ir seleccionando a las más dóciles, que no representaban ningún reto para el maestro), dijeron que sus calificaciones no eran de lo mejor (ese fue el pretexto); para mí la situación era diferente, en casa había aprendido a estudiar y el aprender nunca fue mi problema, más bien era deleite, se comprenderá que ante tanta duda alrededor, encontrar respuestas era muy tranquilizador.

Por otro lado, desde pequeña aluciné las crinolinas, los peinados, el tul y los moñitos, me eran torturantes, así que eso de dejarse las uñas largas e imposibilitar a mis manos por la vanidad, o de usar zapatos altos aun cuando en cada paso arriesgaba una cadera, rodilla o espalda, pues me parecieron y me parecen aún absurdos y antiortopédicos; nunca me gustaron tampoco los vestidos con los cuales no te puedes mover

libremente pues “enseñas los calzones”; me habían hecho una mujer que se rehusaba a “disfrazarse de mujer”; siempre preferí la comodidad a la vanidad y, bueno, eso me ha hecho un ser sano aunque no muy aceptada por los partidarios del sexismo y del materialismo, que no pueden desligar la vestimenta con la personalidad, el concepto de femenino y la clase social. Tan sólo por eso, por no coincidir con la moda, tuve que proseguir mis estudios (el bachillerato) con monjas, y por supuesto porque esa fue la decisión de mi madre, una vez más; aunque esta fase tenía un poco más de variedad en cuanto a maestros, al menos había uno que otro varón y mujeres que no necesariamente eran religiosas, aunque de todos modos tenían que coincidir con la ideología y los objetivos de la institución; los maestros diferentes, aquellos que nos hacían pensar y reflexionar, nunca duraron ni siquiera un semestre. Fue una época no tan represiva ni escolar ni familiarmente hablando, de alguna forma la época de inquisición había pasado, quizá porque se creía que los aprendizajes habían quedado “troquelados” o quizá porque después de tanto terror los jóvenes habían aprendido perfectamente a mentir y a utilizar máscaras para sobrevivir. Máscara contra máscara, la del adulto por no abrirse, la del joven para defenderse.

—o0o—

Fui muy afortunada al conservar amigos que me dieron una visión diferente de la vida y de la realidad; hay muchas realidades, cada individuo tiene la suya, y el tener yo variedad de amigos, con entornos diferentes en familias diferentes, me ayudó a no caer definitivamente en el destino que se había decidido para mí, es decir mujer-madre-esposa, o monja, en su defecto. En el pueblo de mi madre, esto último era común, al menos un hijo o una hija tenían que dedicarse a la religión; con esa tradición familiar y social que aún existe en las ciudades y poblados provincianos de nuestro país, veo que fui muy afortunada, y aunque familiar y educacionalmente me infiltraban la posibilidad de ese destino, mis otras realidades, mis amigas “indecentes y rebeldes”, a mis ojos diferentes, me enseñaban sin saberlo un mundo opuesto al mío. Ellas también eran de mi generación, también vivieron el colegio, pero gracias a su

osadía ya no fueron aceptadas y al ellas cambiar de mundo, también yo cambié, y fue así como conocí de manera brusca el mundo de la promiscuidad, de las drogas, del alcohol. De ese mundo puedo platicar de las muchas mujeres que, aún con otra educación, es decir no tan religiosa, también cayeron en el papel tradicional de madre; aquí lo que cambiaba era un poco la tardanza en el embarazo, las había que usaron el aborto clandestino, otras que ansiando ser diferentes practicaban el amor libre; sin embargo, nada pudo cambiar la inercia social que mis adultos insistían en llamarle “naturaleza humana”, y al final también esas mujeres “un poco más libres” acabaron con un bebé o dos, divorciadas o abandonadas por su pareja. De los varones, algunos sus parejas y otros mis amigos, supe de su muerte, ya sea por alcoholismo o por sobredosis de drogas, o incluso por heridas y daños irreversibles en peleas callejeras; nadie me lo contó, los perdí porque se creyeron más fuertes que ninguno y se fueron a los 18, a los 24 años, edades similares a las de ellas, con su abandono o su divorcio y, por supuesto, con sus hijos.

Y del colegio “para señoritas decentes”, de las mujeres que ahí estudiaban puedo también recordar cómo muchas anhelaban o cayeron en el mundo de la maternidad y del matrimonio “bien logrado”; algunas compañeras que no habían sabido cuidarse ni prevenirse de un embarazo no deseado precisamente por el lavado de coco del que habíamos sido víctimas, fueron apoyadas por sus padres, es decir que no las corrieron de casa, sino al contrario, movieron cielo, mar y tierra para que sus hijas se casaran inmediatamente, de todos modos para eso existían, para criar hijos de crianza y no de creación, eso no existía y creo sigue sin existir. Y así fue que varias compañeras empezaron a ser madres a los 14 - 15 años, las cuales ahora son abuelas a los 42 (sus hijas, curiosamente, repitieron la historia); algunas otras de mis compañeras terminaron el bachillerato y a casarse, pues no necesitaban más estudio para educar a sus hijos. Si esto pasaba y sigue pasando en un sector social con oportunidades, ¿qué pasará con las familias no tan afortunadas?

Es sencillo, la edad de oro, la juventud de mi país, en algunos sectores sociales es manejada y manipulada por los expertos, es decir maestros y padres que deciden lo mejor para sus vástagos o alumnos; la secundaria y el bachillerato son una forma de medir el tiempo; la edad

va de los 12 a los 18 aproximadamente, son años de descubrimientos severos y de represiones directamente proporcionales a ellos; los resultados son padres extremadamente jóvenes, y sus hijos producto de la ignorancia, la desinformación y la represión. Ante ese panorama solamente la nueva generación (los jóvenes actuales) tendrá la última palabra; sólo ellos podrán explicar cómo es y ha sido su experiencia de vivir a partir de unos padres educados como lo fue mi generación.

—o0o—

Y siempre habrá seres extraños o diferentes. Al escribir estos recuerdos me sorprende haber sentido en “carne ajena” estas vivencias que a mí me alertaron a evitar ciertas experiencias; me dolía ver cómo seres tan queridos se transformaban en seres tan desgraciados. Tuve, además de la inmensa fortuna de contar con amigos, hermanos que vivían también su realidad, es decir que a mi alrededor había muchas vidas que me ayudaban a decidir al menos lo que no quería para mí; mis hermanas, madres de familia como debía ser, incapaces de entender qué pasaba en ellas, volcaban su inconformidad ni más ni menos que sobre sus hijos y maridos; mis hermanos, debido a sus escasos recursos económicos, no podían pensar en una relación con mujer a menos de que fuera formal y ellos fueran capaces de brindar un futuro a su familia, es decir labrar primero una fortuna para poder así tener acceso a una compañera; ¿qué era peor, atenerse a un hombre para tener “un hogar”, pagando con la propia persona y la servidumbre incondicional hacia ese gran benefactor llamado esposo, o transformarse en un ser independiente al menos económicamente? (Hasta ahí pensaba mi joven cerebro veinteaño). Y fue así como seguí estudiando y trabajando para lograrlo. Cuando se carece de una familia normal, es decir con padre-proveedor y madre-hogareña, y las circunstancias hacen que esa familia ideal no se pueda desarrollar, los papeles de cada miembro cambian de lo tradicional a lo urgente, y el hijo mayor se convierte en proveedor, la madre en símbolo de autoridad, provedora y padre, la hermana mayor en madre-niña, y los restantes en colaboradores de los quehaceres hasta que se tenga edad para

trabajar; en mi caso esto llegó a los dieciséis años, bastante más privilegiada con respecto a mis hermanos mayores; quizá por esa necesidad individual pude ver las cosas a mi alrededor de forma diferente; quizá al vivir esa situación familiar disfuncional me podía percatar de las consecuencias que podía acarrear al menos en las oportunidades futuras; a pesar de que nunca me gustó trabajar mientras mis amigos y compañeros se divertían, hoy veo que esa situación me ayudó a continuar mi proyecto de terminar mis estudios; al no depender totalmente en lo económico de nadie, yo podía tener más poder de decisión, por lo menos en mi destino inmediato.

Cursé estudios universitarios, por supuesto que en la universidad nacional, pues las universidades de paga eran exclusivas para una clase social alta (desde ahí se va seleccionando a los futuros profesionistas); estudiar en un lugar tan diferente a lo que yo había vivido fue toda una experiencia, ahí no había más que el libre albedrío, uno tenía que ser el propio motor para elegir los horarios, los maestros, las materias, los libros, los nuevos compañeros de todas las clases y creencias; por primera vez en la vida supe en carne propia lo que eran “opciones”, capacidad de elegir, y eso fue algo que nunca dejé de hacer, aun reconociendo los límites y las circunstancias. Ciertamente, era el paraíso en muchos sentidos, pero había que pasar la iniciación; en mi oficio las mujeres no existían, representábamos quizá un 0.5 % de la población estudiantil, carreras como Ingeniería, Veterinaria, Arquitectura, aún eran tabúes, no faltó en toda nuestra formación (hablo de las mujeres) la prueba “machista”, por llamarle de alguna forma: nos llamaban y trataban de perras o perritas, de yeguas y, en casos extremos, de vacas, dependiendo del físico que poseyera la mujer en cuestión; digamos que ciertamente no éramos muy bien aceptadas (y estoy hablando de la máxima casa de estudios) y la cosa no nos la iban a dejar fácil. De aquellas épocas sólo puedo decir que las mujeres teníamos que sacar las mejores calificaciones, y que cuando lo lográbamos nos decían que era porque nos acostábamos con el profesor, y exponerlos más a las patadas de vacas o de caballos para satisfacer el sadismo de nuestros profesores, quienes nos querían convencer de que no éramos aptas para trabajar con animales.

Cuántas anécdotas podría platicar de esa experiencia. Las porras de aquella facultad siempre me han sorprendido, como aquella que decía: “¡Útero, vagina, glándula mamaria!, ¡útero, vagina, glándula mamaria! ¡Arriba Veterinaria!”. ¿No es extraño que los hombres del campo, los más fuertes, rudos e insensibles privilegiaran los órganos sexuales femeninos o de hembra, ya que reconocían que por ellos se logra la producción animal (leche, huevo y sobre todo crías), pero que en la sociedad humana esto sea al revés? Hoy la multa por robo de ganado bovino es mayor a la multa por golpear salvajemente a una mujer, ¿no es extraño? Había también un dicho: “Si tienes una hija fea y ordinaria, métela a Veterinaria”. Estudiar una profesión “prohibida” tenía su costo, aunque no explícito. Viví a compañeros que como sabían (porque así se les había enseñado) que la mujer nació para servirles, decidían integrarse a los equipos de trabajo para no trabajar; algunos semestres caímos en la trampa, hasta que por puro sentido común las mujeres nos aliamos y nunca más permitimos varones en nuestros equipos, el medio adverso ganó.

De esa época también recuerdo cómo logré suplir a un compañero; ambos trabajábamos haciendo méritos para ingresar a la nómina y por el privilegio de ser maestro universitario; yo había entrado antes que él a uno de los departamentos, sin embargo, a pesar de haberla pedido, la plaza fue promovida para él, pero lamentablemente le faltaban ciertos requisitos para concursar (si es que se le puede llamar así), por lo que me la tuvieron que ofrecer a mí, que sí cubría con todo y más, aunque nunca me lo preguntaron, por eso digo que “suplí” al varón; la oportunidad me la dieron porque no quedó de otra, y esta historia se volvió a repetir mucho tiempo después, con años de experiencia, trabajos publicados y todos los requisitos que exige la vida académica, cuando al salir la convocatoria de un concurso de oposición para una plaza de mayor categoría, me inscribí al mismo y fui llamada por el secretario académico para convencerme de no concursar porque la plaza “pues no era para mí” (aun cuando la mereciera, según constaba en mi currículum académico), y que, peor aún, si concursaba, pues entonces mancharía mi currículum al aparecer como perdedora del famoso examen, lo que sería muy mal visto; hiciera lo que hiciera, yo no lo ganaría, aun denunciándolo (debo reconocer que fue muy persuasivo), y logró desalentarme, pero

sobre todo dañó mi creencia en la honestidad y democracia que yo suponía existían en ese lugar tan querido. Recuerdo ese evento como un logro de vida, creo que temieron de mis capacidades, pero ese orgullo no me dio la plaza ni sus beneficios.

—o0o—

Regresando a la vida estudiantil, a pesar de todo terminé con mis estudios y ejercí la profesión; fui académica durante muchos años, los suficientes para ver que las cosas ya no fueron tan adversas para las generaciones siguientes; crecieron las mujeres en número y pudieron apoyarse mucho más entre alumnas y maestras, a veces con conciencia y a veces sin ella, por el simple hecho de estar ahí fuimos cambiando las cosas; en otros países más desarrollados se exige un número igual de mujeres y hombres para llenar las aulas, hacia allá iremos algún día; en el hoy, pisar terrenos prohibidos aún es muy castigado, por lo menos en este país; en teoría es aceptado y permitido, pero en la realidad hay muchos filtros y obstáculos a fin de derrotar al espíritu más vanguardista, las pioneras siempre deben “aguantar vara”, lo que significa vivir a diario y constantemente discriminación en el trato y en las oportunidades, en cualquiera de las instituciones de la sociedad, ya sea familia, religión, educación y hasta trabajo.

Mi incursión laboral fue muy exitosa; igual que mis compañeros abusivos, tuve jefes que adolecían de la misma creencia y además suponían que por el poder que les otorgaba la sociedad y su jerarquía, podían hacer lo que les viniera en gana, algunos plagieron obra intelectual, otros optaron por el acoso y hostigamiento sexual, otros más por la discriminación para el ascenso, es decir que las normas de la empresa no permitían a mujeres en los puestos directivos, sino sólo a nivel técnico, aun cuando una misma sacara el trabajo o aun cuando los dirigentes robaran a la propia empresa, bebieran dentro de las instalaciones u hostigaran a las empleadas y obreras, que por miedo o interés se creían el acoso como “romance”. Vi cómo a mis compañeras y a mí se nos negó el ascenso por el pecado de ser mujeres; vi cómo mis compañeras perdieron su trabajo por haber sido madres, pero cobardemente la



empresa disfrazó el asunto de “incompetencia profesional”; vi cómo a las mujeres se nos prohibía crecer; aun siendo de lo más eficientes, se nos exigía la excelencia para conservar el trabajo, cosa que a mis compañeros nunca, y aunque ellos fueran incompetentes, nunca perdieron su trabajo, y es más, aun siéndolo, lograron ascensos por el simple hecho de estar ahí algunos años. Desde los estudios profesionales empecé a entender que en ese terreno no era bien vista, y ya trabajando, fuera donde fuera, tanto en el mundo de la burocracia como en la industria privada (ya fuera empresarial o familiar) la situación era la misma; no era bien vista, primero, por pisar terreno vedado, segundo por defender lo que yo creía (y aún creo) mis derechos, y tercero por ser competitiva y pretender llegar a niveles superiores que sólo le pertenecen a los hombres, no importando tanto si son capaces o no.

—o0o—

Siempre me gustó comprobar mis sentires, pues tanto me han repetido que exagero, que ya dudo hasta de mi propia experiencia o de mis ojos; muchas amigas y colegas (no todas, por supuesto, pero sí muchas) vivieron cosas parecidas, o nunca tuvieron acceso al poder porque cuando tuvieron un trabajo “bueno” sus maridos les prohibieron trabajar o si no, su embarazo se los impidió; otras inclusive tuvieron que entrenar a su nuevo jefe, ya que ellas no podían tener el privilegio del mando; otras más trabajaron para montar su propia empresa en colaboración con su marido o pareja y he visto claramente cómo ellas laboran doble, además de encargarse de los asuntos domésticos y de la familia, mientras ellos van a los congresos para actualizarse y hacer contactos. También he visto cómo después de una vida de trabajo han sido despojadas por haber incurrido en el error de confiar la propiedad a nombre de su “cariñoso, justo y solidario esposo”, porque aquella que empieza el matrimonio o la relación de pareja con dudas, empieza por mal camino (al menos eso dicen las buenas lenguas), y hay otras que como yo tuvieron que aprender a defenderse con todo para no padecer lo que les pasó o está pasando a esas mujeres profesionistas. Algunos amigos no me han creído, y extrañados me dicen que el ambiente de sus profesiones es

igualitario y equitativo; quizá tengan razón, hay terrenos que han sido incursionados mucho antes por mujeres y quizá eso impida que la situación se vea tan evidente; sin embargo, aún en profesiones como Matemáticas o Biología he visto cómo las mujeres en proceso de doctorado o de maestría pierden su matrimonio, y sin embargo nunca vi que un varón pierda a su familia por intentar desarrollarse; y es que aún hoy, doctorada o no, si la mujer es madre tiene que aceptar toda la obligación de la maternidad y/o lo doméstico (so pena de abandono o de divorcio), pues la paternidad y su desarrollo es muy diferente; y también he visto cómo hombres con un flamante doctorado recién adquirido dejan a su esposa o mujer anterior para aventurarse a la nueva experiencia de un nuevo país, nueva cultura, trabajo nuevo y, por qué no, una nueva relación.

Como dije antes, desde los estudios profesionales empecé a entender que en ese terreno no era bien vista; bueno, creo que lo aprendí desde mucho antes, desde niña; y por si no lo había aprendido, siempre, ya fuera en el hogar, en la escuela, en la religión o en los trabajos, la vida se encargaba de recordarme día a día que como mujer no podía hacer ciertas cosas; lamentablemente nunca les creí, lamentablemente para mí, por supuesto, pues he tenido que pagar mi cuota con vida, dolor, órganos, desgaste, y aunque sea rica en experiencias, materialmente no se igualan los resultados. Salto a momentos del principio de mi juventud a la mitad de la misma, sin orden cronológico, qué más da si el resultado fue el mismo; muchos empleos fueron ejecutados por mí y en todos el mensaje fue el mismo: “tú hasta acá llegas, nunca a más”. Lo entendí por fin, al menos algo aprendí bien, dicen que “la letra con sangre entra”, y por fin entró, desarrollarme sí, pero nunca pudiendo llegar a mis pretensiones, y como no fue posible, renuncié a ellas al menos en mi oficio.

—o0o—

Otro aspecto de mi vida, por supuesto, fue el amoroso. Después de haberlo vivido sé que por amor se entiende desde sumisión, servilismo, abuso, chivo expiatorio, vehículo de procreación, patologías mentales,

sexo y tantas otras. No puedo negar que la parte hermosa del amor es uno de los mayores placeres de la vida, conocer y vivir la embriaguez del romance, sentir “la carne enamorada”, la intimidad, la complicidad recíproca de los que se aman, la avidez por saciarse sabiéndolo imposible, pertenecer a alguien, la humedad irrefrenable del deseo, ser especial y única para ese otro único y especial, desprender nuestra esencia gracias y por el contacto íntimo del ser amado es algo “básico y elemental” para tener una vida plena y satisfactoria; sin embargo, esa etapa de las relaciones se acaba, desconozco las razones pero el interés va perdiéndose, aun cuando ambos lo desean y anhelan; a mi humilde parecer, es falta de disposición, de voluntad mutua y de verdadera gana de mantenerlo vivo; se necesita mucho esfuerzo, creatividad y trabajo en equipo, pues uno sólo de los integrantes no lo logrará nunca.

He tenido parejas, o más bien disparejas; mientras la entrega, el respeto y las decisiones no sean mutuas, no puede hablarse de pareja; viví quizá más de lo feo que de lo bonito, pero lo viví y por eso tengo el derecho de mencionar esa vivencia según la palabra que creo más conveniente, no la usada por los demás sino la propia. ¿Cómo llamarle a la pareja que engaña y miente por hábito?, ¿cómo al que cree que se le debe servir en todos los sentidos: material, emotivo y sexual tan sólo porque nació varón?, ¿cómo al que robó, abusó y escondió hasta donde pudo su realidad, hasta descubrirla?, ¿cómo a aquel que gusta de poseer varias mujeres?, ¿cómo al que chantajea con regalos nimios?, ¿cómo al que se ofende cuando se le pide alguna explicación de su proceder?, ¿cómo al celoso en grados patológicos?, ¿cómo al tirano que se siente incuestionable?, ¿cómo a aquel que dice desear ser padre sin comprometerse a la economía, a los quehaceres domésticos, a la propia paternidad, o pretende, para liberarse de la responsabilidad, heredársela a su madre, tías, hermanas o mujer que se deje?, ¿o aquel que tiene vicios incompatibles con la convivencia, ya sea, el alcoholismo, las drogas o la violencia?, ¿cómo llamar al que diariamente desprestigia, critica o simplemente juega el papel de indiferente o distante sin buscar el encuentro con su propia pareja?, ¿cómo a aquel que abusa sutilmente, creyendo que las pertenencias de su mujer son de él y así utiliza siempre el vehículo de ella, o arregla asuntos personales caravaneando

con sombrero ajeno, es decir organizando reuniones caseras sin mover un dedo para que éstas se logren?, ¿o a aquel que se le olvidan las fechas importantes porque él decidió que eran no importantes y así no hay festejo alguno ni momentos para celebrar?, podría seguir la lista interminablemente, puedo hablar de todas estas circunstancias porque las he vivido y sentido en mi propio cuerpo; en este terreno, lamentablemente, también aprendí a desconfiar.

Desconfié paso a paso, poco a poco, y en el intento se me fue la vida y cachos de corazón; es decir, aprendí que los hechos son lo que vale y no las palabras; todos ellos dijeron ser una cosa y actuaron de otra, como si hubieran aprendido a decir lo que fuera con tal de conquistar y anotar, anotar una nueva experiencia, una nueva vivencia o una nueva cacería o conquista, manejando una doble moral y por ende una doble lengua; pero a la larga las caretas y máscaras se caen, se caen en cualquier terreno, en cualquier ámbito y a cualquier personaje; algunas veces ese desenmascaramiento fue rápido, otras lento, de meses a años, con protocolo social o sin él, pero los resultados fueron parecidos: incapacidad de aceptarse como parte del problema, de verse a sí mismos aun cuando las evidencias fueran claras y contundentes, defendiéndose de las mismas tildando a su pareja de loca, irracional, emotiva o simplemente mujer, mujer voluble porque “le va a bajar”; no niego que las hormonas nos traicionan frecuentemente, pero sí niego que sea usado nuestro ciclo como única explicación o salida cuando lo contundente ya no se puede ocultar. Y, bueno, dicen que a fuerza ni los zapatos, el calzado incómodo acaba siendo tortura, y de igual forma las relaciones de pareja incompatibles e insatisfactorias, todo depende de los integrantes de la misma, habrá que hacer concesiones, pero las concesiones a las que uno se someta variarán muchísimo, dependiendo de la estima propia, de las experiencias de vida, de la educación, y también de la reciprocidad, y esa palabra, en definitiva, yo no la puedo utilizar en ninguna de mis relaciones; no fueron recíprocas, por eso terminaron y con ellas mis esperanzas de ser madre, el reloj biológico ganó y mi útero fue ya incapaz de procrear. Dicen los psicólogos que la mujer infértil es aquella que tuvo madre frustrada y rechazante, de temperamento viril; también explican que muchas son estériles porque

inconscientemente se protesta contra la condición femenina, pues quizá internamente se anhela ser varón. Me gustaría ampliar el panorama al respecto: existen muchas más variantes, una es aquella donde la mujer decide sobre su cuerpo y sobre su destino, aunque le sea muy muy doloroso aceptar como real lo que vio y vivió; yo aprendí a no confiar en los hombres, pues he visto cómo abandonan sus compromisos maritales y de padres, sus compromisos de relación con mujer más allá de la amistad, y ya se sabe que la amistad entre mujer y hombre es muy difícil de lograr, pues siempre está atravesada por el instinto o la costumbre de conquista, por un lado, y de ser conquistada, por el otro. Esta es la visión de una mujer que cuenta su historia, así ha sido la mía, no pretendo generalizar, sólo expreso y relato mi realidad, realidad que con tristeza observo es parecida a la de otras mujeres.

—o0o—

La vida humana requiere de la procreación como cualquier especie, sólo que en otras el proceso de crianza es corto; en la especie humana ésta se alarga al menos a los dieciocho años y hasta la ley lo exige, por algo será; pero con esta circunstancia se evita que la madre pueda tener la misma oportunidad de desarrollo como individuo; nuestra necesidad biológica de procreación, mezclada con la cultura, ha hecho que la balanza haya cargado con mucho a uno de los platos, y se ha ocultado esta situación bajo la palabra amor; en nombre del amor la civilización ha creado y desarrollado un sistema donde las mujeres hemos quedado encasilladas a esa actividad primaria, haciéndonos a nosotras mismas entes secundarios, es decir, seres sin importancia, y por esa razón el mundo de los sueños, de los logros y de los éxitos ha quedado casi para la exclusividad del hombre.

### *Las alas*

Entender día a día, descubrir cómo es la vida, aceptar que en ella hay de todo, bueno y malo, deseable e indeseable, encontrar cómo se va tejiendo el pasado con nuestro hoy, atreverse, aprender, corregir, reacomodar,

todas estas acciones son ni más ni menos lo que he aprendido de la vida; es muy difícil irlo descubriendo, requiere de esfuerzo, dedicación y tenacidad; una interesante madeja hecha, por un lado, de elementos concretos, como la disciplina, las metas, y por el otro elementos abstractos, como la intuición. La verdad sólo llega a quien la busca, pero ¿de dónde sale la necesidad de buscarla?, ¿de dónde sale la fuerza para no rendirse?, ¿de dónde surge esa antena que dirige nuestras acciones y conductas para obtener logros?, la verdad es que aún no tengo muy clara la respuesta. Ciertamente, viene de varios ingredientes: uno, las propias experiencias y vivencias; otro, el cómo y qué aprendimos en cuanto a nuestras relaciones, con sus acercamientos o distancias; un tercero, la emotividad y la sensibilidad; por último, el carácter o la personalidad; y de la mezcla de todo eso surgen los individuos con sus creencias y sus motivaciones.

Sé que las adversidades son grandes maestros, pero que se requiere también de otras fuentes que ayuden como bálsamo a curar las heridas; sin esas vivencias sería imposible lograr un equilibrio existencial que permita el desarrollo humano, y esto le pasa a cualquiera, no importando edad o circunstancias, y es a partir de esas circunstancias “facilitadoras”, optimistas, bondadosas, tranquilizadoras, de donde he sacado alas para seguir ya no el camino sino el vuelo hacia donde nace el viento, donde desde el cielo se pueda ver, no el detalle pero sí el horizonte, y con ello encontrar más fácilmente los valles más lindos para estar, ser o aprender. Brebajes o tónicos para el alma y la voluntad, tan necesarios como la medicina, como una infusión o alimento para seguir el camino, son la risa y la carcajada, tener buen humor, a veces quizá sarcasmo o ironía, pero ese “aprender” a reírse de la fatalidad, o de uno mismo o de la muerte (como en los grabados de Posada, donde quien se ríe es ni más ni menos que el esqueleto), esa risa siempre ayuda a sacar tensión y malestar; aprender a practicarla, hacerla propia, es un gran regalo al alcance de todos; además se puede regalar a cualquiera y no requiere nada más que la voluntad de hacerlo, no en balde existe la fascinación de los adultos por la risa de los niños, hasta a veces he llegado a pensar que muchas personas traen niños al mundo nada más por el placer de oírlos reír; la vida y las vicisitudes de

la misma pueden hacer que uno se olvide de reír, pero hay que hacer un esfuerzo para no olvidarlo, recordar a los niños es muy sencillo.

La contraparte, es decir la expresión de la tristeza en el llanto, también me ha sido una herramienta muy útil para vaciar las aguas negras y estancadas de “mi personal drenaje profundo”, como le digo yo; siempre que veo una ciudad inundada me llega a la mente un ser humano con incapacidad de llorar; cuando se evita el llanto se sella la salida necesaria de sentimientos y emociones que pueden llegar a ser veneno, prohibir directa o indirectamente el sentir y expresarlo por su canal adecuado, ya sea la risa o el llanto, es una absurdo que va contra la naturaleza humana, pero aunque se prohíba por la cultura diciendo: “no es de hombres llorar” o “las mujeres no expresan sus emociones, hay que ser recatada”, siempre mamá naturaleza se impone; desde hace mucho decidió jugar con la humanidad, el género humano, creo, tiene un complejo de todopoderoso y siempre “le ha podido” (como dicen en mi tierra) que la madre naturaleza le gane, ese día a todos nos llega y nos enteramos de que luchar contra ella es imposible, que de nada sirvió tanto año de represión; un día, pronto o tarde, las emociones se desbordan, fluyendo ya sea en risa o en llanto, y lo único que hay que hacer es permitirse sentir, aunque al prójimo o a la sociedad no les guste. El día que uno lo prueba, lo acepta y deja de luchar, ese día las cosas se ven con otro color que no es gris ni negro, ¿será quizá que el agua limpia la suciedad?

Otra plumita de mis alas ha sido el poder alejarme del terruño, del origen; en teoría se dice como verdad irrefutable que a todos se les antoja y anhelan quedarse en su país o ciudad de origen, pero la verdad es que quien se atreve a romper con ese modelo y cambia de ciudad puede aprender muchísimas cosas inesperadas; cambiar de casa, de amigos, de gente alrededor puede ser muy tonificante, es como cuando uno necesita un cambio de medicina a la cual uno ya se acostumbró, llega un momento en que ya no hace efecto y quizá hasta pueda intoxicar, aunque sea lentamente; el cambio produce miedo, mueve emociones, exige y demanda creatividad y adaptabilidad, pero sobre todo requiere de flexibilidad, practicarla es la única forma de obtenerla, quien no es flexible se impide aprender y descubrir. La vida, los ritos, las rutinas van

encajonando y acartonando todo nuestro ser como una camisa de fuerza; quien no usa sus piernas las atrofia, y ese ejemplo se puede ampliar a toda actividad y actitud humanas; quien no cambia se estanca, el cambio acarrea beneficios, pero exige madurez, arrebatos y temeridad; muchas veces el destino lo demanda: por trabajo, por estudio o por el anhelo de una vida mejor, de todos modos el móvil no modifica los beneficios. Durante mi vida he tenido la oportunidad de mudarme de ciudad dos veces; en la primera reaprendí a sentir, a utilizar mis sentidos; viví en un pueblecito de 6 000 habitantes, bastante contrastante con una ciudad de 20 millones; digo que reaprendí porque mis sentidos estaban embotados de tanto sobreestímulo y sólo a la distancia me fue posible rescatar el olfato, el oído, la vista, la sensibilidad, el gusto y quizá hasta el erotismo; me tocó vivir el renacer de la primavera varias veces, viendo cómo las plantas y los animales resurgían con una fuerza desconocida para mí; era un deleite caminar por el campo sin pavimento, sin ruido, y ver cómo se multiplicaba la vida, ya fuera en mariposas, en potrillos o en enredaderas y flores. Ese mundo hermoso me permitió ver con claridad lo terrible de la urbe y lo enajenante y peligroso que puede ser para la existencia; en pro del confort, la humanidad olvida que el espíritu requiere de alimento, y el más común es la naturaleza. A esa vivencia yo le llamé “mi despertar sensorial”, y como despertar me costó muchos años, ya nunca más permití que se volviera a dormir.

La segunda experiencia es mi actual residencia. Vivo en una ciudad pequeña, con todos los beneficios que tiene una gran ciudad, aunque en “chiquito”; aquí no existen aún la sobrepoblación ni el tráfico; gozo de todos los servicios sin tener que pagar con mis sentidos, aún no hay sobreestímulo, es decir demasiado de todo (ruido, consumismo, prisa, violencia y todos los etcéteras que quepan para describirlo); por el contrario, mi pequeña ciudad me regala a diario los cielos y atardeceres más hermosos que nadie pueda imaginar, todos los días disfrutamos (hablo en plural pues es costumbre de los ciudadanos de este lugar sentarse a ver este espectáculo, la prisa es secundaria) de mirar al cielo para ver a los patos y a las garzas volar en un contraste de colores de fondo, que van desde el violeta-rosáceo hasta el anaranja-dorado-bermellón; las palabras faltan para describir



los colores y las emociones que despiertan esos cielos, esos montes, esos pájaros, esa tranquilidad; aquí no hay verde, hay desierto, y eso hace que el cielo tenga una bóveda seca que resalte la luz y el color; además, como no llueve, no hay nubes, por lo que el sol y la luna no tienen rival cuando uno mira el firmamento.

Ninguna de estas sensaciones y vivencias las hubiera tenido sin el riesgo del cambio, sin coleccionar el valor y la decisión para mover primero un pie y luego el otro, y al empezar a mover mis anquilosados huesos sentir la maravilla del movimiento y de la libertad. A veces nos damos cuenta de que somos inválidos; cuando vemos a un “otro” en una silla de ruedas o con muletas, nos genera una mezcla de repulsión-compasión, la primera porque quizá se nos hace muy evidente lo frágil de nuestra existencia, la segunda porque reconocemos ser privilegiados, y sin embargo muchas veces, teniendo manos y piernas, somos incapaces de movernos; quizá la invalidez proviene del alma y del propio espíritu dormido o encarcelado.

A través del tiempo me he hecho consciente de que otras muchas cosas nos pueden ayudar a encontrar nuestra libertad y madurez, a encontrar nuevos caminos, nuevas sorpresas; los viajes, por ejemplo, nos enseñan a comparar entre hábitos, costumbres, decires, actuares y hasta arquitectura, es decir una forma diferente de ver y comprender la vida, lo que permite rescatar o vislumbrar con más facilidad el lugar de donde provenimos o vivimos; es como poseer por un momento una lente panorámica que nos ayuda a ver el paisaje total, y con ello a percartarnos de nuestro medio ambiente inmediato, y así, al comparar, poder valorar las ventajas y desventajas de nuestra peculiar circunstancia; por algo se dice que los viajes ilustran, y no necesariamente estoy hablando de uno fuera del país o a otra ciudad, a veces salir simplemente a un parque o a la calle y observar con detenimiento a nuestro alrededor nos puede llenar de muchas sorpresas. El contraste, entre más agudo, más ayuda, pero siempre se puede aprender de cualquier lugar sabiendo tener la apertura suficiente.

Aumentado la lista de las cosas útiles para vivir y crecer (a eso le llamo alas) quiero mencionar aquí lo que la expresión del alma humana (traducida en el arte) puede despertar en nuestro sentir: tener la

posibilidad de escuchar una buena obra musical, asistir a algún museo para ver pintura o escultura, leer en un libro la memoria y los momentos íntimos de otro individuo, escuchar en esas líneas sensaciones, duelos, historias, comedias o hasta dramas humanos, enseñan al lector a saberse de la misma materia y esencia del otro; de alguna forma esto pasa siempre al ponerse en contacto con la expresión del espíritu humano, y ya sea mediante el canto, la música, o la forma y el color, lo profundo e íntimo de un ser sale para llegar a lo profundo e íntimo de otro, creándose con esto una especie de “puente” entre dos seres, sin importar nada más que ese momento eterno y fugaz al mismo tiempo. Cosa parecida sucede al admirar la naturaleza, al dejarse abrazar por el viento, entibiarse por el sol, admirar los colores de la naturaleza o los sonidos y olores de la misma; a veces me he preguntado si el exterior es el que hace a uno vibrar o es uno, en su interno, quien con esa animosidad ve, siente y percibe el exterior en toda la expresión de su belleza; creo más bien que es el momento en el que ambas fuerzas se funden lo que nos hace vibrar y sentir una experiencia única, irreplicable, individual, eterna, maravillosa, y mediante ese “alimento”, como le llamo yo, nuestra existencia se llena de tranquilidad, serenidad y paz, momentos personales que se pueden resumir en una palabra, “felicidad”. Tener alma de poeta, es decir sensible, es una llave para lograr momentos mágicos en el trayecto de vida, ser sensible o permitirse sentir (para mí son sinónimos) está al alcance de cualquiera, es parte de la naturaleza humana, lo único que hay que hacer es entrenarse; así como aprendemos a mover el cuerpo y lo entrenamos para correr en maratón o para nadar (es decir, poco a poco, con constancia y disciplina), de igual forma llenando el “alma” de música, belleza natural, pintura, color, forma, atardeceres y todo lo que nos despierte sensaciones, así se aprende a desarrollar la propia sensualidad; al abrir la puerta de nuestro profundo sótano (por decirlo de alguna manera) podrá entrar luz, y en la medida en que se vaya abriendo más y más esa puerta, mucha mayor claridad encontraremos y con ello una sensación indescriptible de placer.

La naturaleza nos rodea de mucha hermosura, tanto en el entorno como con las plantas y los animales. A mí compartir la vida con mascotas

me ha enseñado también, pues con ellas he aprendido a conocer el cariño libre, la espontaneidad; la convivencia se da sencilla y natural, fluida, los animales piden tan poco, están ahí, sin exigir ni demandar más que cariño, ellos nos enseñan que no esperan nada, no condicionan su cariño, siempre están dispuestos a dar o a recibir una caricia, una muestra de afecto, una mirada solidaria o su presencia, a cualquier hora, sin cuestionar los caprichos de su “dueño” ni sus cambios de humor; de ellos no esperamos que su presencia nos cambie la vida o modifique el destino (cosa muy diferente con ciertas relaciones humanas), y cuando se tiene la oportunidad de disfrutar de una relación tan desinteresada, uno aprende a valorar lo lindo de la convivencia transparente. El hacerme consciente de ello me permite sentir la fortuna de amanecer sabiendo que un par de ojitos estarán (si no es que ya están abiertos) diciendo sin palabras: “hola, bienvenida a este día , otro día para jugar, comer, acariciar, cazar, ejercitarme, esconderme, aquí estoy y aquí estás”, y con este simple evento me doy cuenta de las cosas que verdaderamente valen la pena en la vida, sin complicaciones ni condiciones.

Cultivar amigos, darles atención, cartas, llamadas telefónicas, saberlos vivos, presentes, conocer de su vida, enriquecerme con la convivencia y retroalimentación, disfrutar de la confianza, de sus logros o de sus momentos malos, regalan a diario bálsamos anti-dolor y le dan a la vida y a las “alas” movimiento, energía, entusiasmo, animosidad; el hecho de contar con tanta gente solidaria, a veces lejana por la distancia pero no por el silencio, saberse querida y amada es otro de los grandes satisfactores que la vida regala por el simple hecho de existir. Los amigos son una familia elegida, son como nuestro currículum personal donde se escribe la historia de nuestras relaciones personales; engrosar la lista con sus nombres y sus historias hacen de nuestra vida un continuo enriquecerse, riqueza no tan privilegiada por nuestra sociedad materialista, pero la verdadera riqueza radica, a mi entender, en no necesitar tanto de cosas materiales, muchas veces inútiles, y sí de contar con personas como uno, que ríen, lloran, sienten, sufren, viven, logran, cambian, crecen durante todo el tiempo que la vida le permita a una misma disfrutar. He visto mucha gente que se pierde la oportunidad

de cultivar Amigos (con mayúscula) a través de su vida; desconozco bien a bien sus razones, pero he observado que cuando han necesitado tenerlos, muchas veces ya en la edad madura, no pueden o no saben cómo acercarse; hay otros que cuando caen en la cuenta de lo hermoso que es contar con amigos se lamentan haber perdido tanto tiempo en encontrarlos, reconociendo con esto los grandes beneficios de la verdadera amistad; también he sabido de “casos” que por ausencia de amigos prefirieron desaparecer por propia mano. Hay de todo en la vida, cada quien valora las cosas según su propia experiencia; a mí me encanta tener amigos y me doy cuenta de que sin ellos yo no sería esta que soy, sin ellos mi crecimiento no se hubiera dado igual.

Ahora sé que cuento con un pasado rico en experiencias, lleno de vidas, historias, momentos; ese pasado o esa mi historia me explica; de ese pasado he aprendido varias lecciones, unas desagradables y otras no. Creo que al final de este relato sólo me queda aceptar que vivir es algo “fascinante”, se puede ver la vida como una serie de asignaturas por “pasar”, en la vida no hay “exámenes extraordinarios”, se debe cursar la asignatura nuevamente y completita hasta pasar a la siguiente, las lecciones a veces nos llegan y otras las buscamos, pero a medida que pasa el tiempo la experiencia, es decir el cúmulo de situaciones que hemos vivido, nos lleva a “salir del atolladero” de manera más fácil y menos dolorosa. Haciendo memoria de todo lo que he tenido que vivir me doy cuenta de lo afortunada que he sido, quizá esto sea el mayor logro de vida, pues a pesar de los obstáculos en el camino veo que los he pasado, a veces fácilmente, otras no tanto, y sin embargo, a pesar de haber nacido en desventaja (aunque la palabra en sí y de entrada agrada a muchos), es decir ser mujer en un mundo en el que a nosotras no se nos valora aún lo suficiente, en el que más bien nacemos con la marca de la devaluación y la opresión, aún así reconozco que soy y he sido muy afortunada, mucho más que todas las mujeres que han atravesado por la historia en circunstancias más desfavorables, pues si nos ponemos a comparar las oportunidades entre las mujeres del siglo XVI contra las del nuestro actual, es más que obvio que sí hay diferencias, quizá considerando tanto tiempo, los logros no han sido inmensos o directamente proporcionales a los años transcurridos, pero al menos hoy yo

no tuve que disfrazarme de hombre para cursar una carrera universitaria; preferí la vida de soltera por decisión personal y no por carecer de dote; mi vida es más rica en cuanto a estímulos y momentos que los que podría tener una monja en un convento encerrada de por vida, según la costumbre de aquellos tiempos.

—o0o—

Las mujeres hemos avanzado, tan lento como el propio despertar, pero cada día somos más y más las mujeres que podemos tener acceso a otra forma de ser, más allá de la tradicional. Qué lindo es poder, con las propias piernas y el propio esfuerzo, escalar un volcán por el puro placer de experimentarlo, o descubrir cavernas, leer y aprender según los propios recursos, darse cuenta de la fuerza interior, de que también hoy las mujeres podemos soñar con otro destino que el impuesto socialmente; está llegando el día en que más de nosotras demuestran con su existir que a pesar de trabas, amarres, chantajes, culpas, maltratos, la propia naturaleza y la fuerza de la libertad se están haciendo presentes. Se dice que “el árbol de la libertad está regado con sangre”, al repasar la historia, las conquistas siempre llevan tiempo y esfuerzo y, lamentablemente, muchas veces sangre; sin embargo, se hace necesario colaborar con ello, al menos yo he tenido que pagar el precio de mi propia vida y logros con dolor, llanto, esfuerzo, aprendizajes, pero si no me hubiera movido, atrevido a actuar, sé muy bien que mi vida hubiera sido diferente.

—o0o—

Dicen los niños “soy espejo y me reflejo”. Hace mucho tiempo me vi reflejada, aún no sé realmente cómo fui a dar a un lugar así; fue casualidad, circunstancia, azar, destino (creo que lo de menos es saber del arribo), pero ya estando ahí supe qué se hacía en ese lugar, se trabajaba con el dolor humano de mujeres agredidas ni más ni menos que por sus seres más queridos, es decir sus padres, hermanos o maridos, verles la cara moreteada, los ojos desesperanzados, oír sus historias de terror,

observar sus sentimientos encontrados, sus ambivalencias y dudas, me llevó a darme cuenta de mi condición desventajosa de ser mujer, a pesar de haber tenido circunstancias privilegiadas con respecto a ellas; cuando vi a esas mujeres con sus niños, presas de ellas mismas y de las instituciones sociales (no hay ley que combata estas arbitrariedades a menos que las lesiones comprometan la vida, justificando este proceder diciendo que son las costumbres de cortejo y pareja de nuestro país), no pude más que conmoverme; por fin se me rompió la coraza del corazón, se me cayó la venda de los ojos, me vi en ellas, supe estar en los zapatos del otro más desvalido y ese momento (que no fue uno sino muchos) me llevó a apasionarme por el fenómeno social que hace que hombres y mujeres seamos diferentes jurídica, social, escolar, familiar y políticamente. Me apasionó tratar de comprender por qué la diferencia biológica sexual ocasiona tanta desigualdad social; cuando llegué a ese lugar recibí cubetadas de agua fría, la vida me escupía a la cara una verdad que no podía ocultar más, ya que lo había vivido, quizá toda mi vida; mi historia había sido una sensibilización previa para ese momento en el que ya estaba preparada para descubrir la verdad, o al menos esa verdad común a todas las mujeres. Así fue que la pasión se volvió a apoderar de mí, empecé a leer, a escuchar, a observar, a describir lo que veía y fue así que la escritura, que yo había admirado tanto en los libros que me acompañaron durante toda mi vida, se apoderó de mí y anhelé poseerla como un instrumento de expresión de lo más íntimo y profundo de mi ser, y al relatar lo que veía y aprendía, reconocí mis cadenas, esas que no me permitían volar a pesar de ser muy afortunada al carecer de otras muchas que palpé en brazos ajenos, en alas rotas de otras mujeres como yo.

Identificarme fue algo muy hermoso aun cuando el punto de unión no lo fuera; durante este periodo de mi vida (que existe y deseo que continúe) también conocí a otras muchas humanas que comprometidas y convencidas han hecho cosas maravillosas, enfrentándose con valor a cualquier obstáculo, tales como darse tanto en cuerpo como en alma y de forma completamente altruista al servicio de otras, regalándoles su tiempo, paciencia, comprensión, empuje, solidaridad, guía, consejo, apoyo material, intelectual, en fin, todo un cúmulo de aportaciones

materiales, psicológicas, espirituales y de acción a fin de favorecer un poco la penosa circunstancia que envuelve toda la existencia de mujeres y niños del mundo y de nuestro país; los índices de violencia contra mujeres y niños son altos y sólo podrá abatirse conforme más y más mujeres aprendan a dismantelar los mensajes que de niñas les enseñaron, dejándolas indefensas. Cuando la vida nos regala la oportunidad de trabajar con mujeres y por mujeres, uno renace de alguna forma, rehace el rompecabezas que nunca se había podido solucionar, de repente las piezas faltantes se encuentran o llegan, y la imagen que se va dibujando en la mesa comienza a tener sentido, facilitando la colocación de otras muchas piezas que estaban ahí pero que no habíamos podido disponer de manera adecuada, pues no le encontrábamos “ni pies ni cabeza al asunto del susodicho rompecabezas”. Mi trabajo con mujeres ha sido uno de los motores más potentes que me ha regalado la vida para levantar el vuelo, las alas embrionarias con este empuje crecieron lo suficiente como para elevarme al cielo; desearía que las alas fueran de águila, pero como todo en la vida se tiene que desarrollar y no queda otra que aprender a volar, caer por momentos e intentarlo de nuevo, hasta que hacerlo se haga natural y sea parte de una misma.

Me gustaría que el relato terminara así, reconociendo el pasado rico en experiencias que han dejado en la boca un sabor no amargo sino dulce, con suficiente energía y ánimo para enfrentar las facetas de la vida por venir en una constante de mejorar, o al menos de intentarlo, tratando de aprovechar todas y cada una de las oportunidades que lleguen o que logre hacer llegar, reconociendo cuándo intentarlo todo y cuándo saberme alejar; hoy me sé con cualidades y defectos como cualquier ser humano; hoy sé que hay mucho bueno y malo, pero que con optimismo y realismo, no agrandando las cosas, la propia existencia se hace más llevadera y ligera a fin de levantar el vuelo día a día, haciendo lo único para lo cual una nació, simplemente para vivir y hasta para poder contarlo.

